



# OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



043-16

## “BIENAVENTURADOS LOS QUE SUFREN PERSECUCIÓN...”

Jacques Maritain

Artículo publicado en inglés en la revista *Ecclesia* de Ciudad del Vaticano, en diciembre de 1945, siendo Maritain Embajador de Francia ante el Vaticano.

*“Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.”* La octava bienaventuranza es una confirmación de todas las otras, y corresponde a la primera; el círculo de felicidad evangélica, que comienza con los pobres de espíritu, terminase con los perseguidos. Ambos están bajo la misma enseña; el reino de los cielos les pertenece; no precisamente como una posesión a la que tienen derecho, sino como una cosa mucho más íntima, interna y personal, porque una cosa que es mía está en mí como para mí, y es a mi corazón más dulce que yo mismo. En el mismo tono con que Jesús habla a los pobres y perseguidos, hay una ternura que los consuela grandemente. El, el Pobre y Perseguido por excelencia, ¿no es también el Reino de los cielos? Díceles que es su tesoro.

Los que padecen persecución por la justicia. Todos sabemos, o creemos saber qué es la persecución. Pero las palabras “por la justicia” son ya un misterio para nosotros. ¿Cuál es esta justicia por la que son perseguidos?

Los santos saben qué es esta justicia. Ellos son perseguidos por la justicia que nos hace hijos adoptivos de Dios y participantes de su vida por la gracia; son perseguidos por la divina verdad de la que dan testimonio, y por ese Verbo que se hizo carne y vino a su casa en el mundo, y los suyos no le recibieron; sufren persecución por Jesús, que es nuestra justicia. *“Bienaventurados cuando os maldigan y persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por causa de mí. Alegraos y regocijaos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que vivieron antes que vosotros.”*

Bienaventurados son los santos. Ellos saben por qué sufren. No sufren sólo “a causa de” la justicia, sino “por” la justicia, que conocen, aman y quieren. En sus mayores dolores y más dolorosas noches, alégranse de ser perseguidos, pues saben que la persecución es buena para ellos, y la desean como a un paraíso en la tierra, y se inquietan y se extrañan cuando la persecución les falta. Pero no pasa mucho tiempo sin que se presente de nuevo. San Pablo les da ánimos diciéndoles: Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo han de sufrir persecución. Cuando la persecución llega, entonces tienen lo que deseaban, la beatitud evangélica que pedían; ahora pueden estar contentos.

Y cuando mueren abandonados y perseguidos, el Espíritu Santo, que es llamado el Consolador, recuérdales en el fondo de sus corazones las cosas que su Salvador dijo a los suyos, y pone delante de los ojos de sus almas la imagen de Aquel que les abrió el camino y les amó el primero, hasta dar su vida por ellos en la cruz redentora de la cual les ha invitado a participar.

Los santos no son los únicos en ser perseguidos. Y la justicia interior del alma no es la única justicia por la que se sufre persecución. Todos los que anhelaron por la justicia en la comunidad de aquí abajo, y que por ella han sufrido prisión o destierro o muerte, y han sido además tenidos por locos o por malos ciudadanos, la octava beatitud no les ha sido prometida por esa causa. El inmediato objeto de su sed, la causa

inmediata de sus dolores, no es la conformidad con el Salvador que hace al hombre justo y sano delante de Dios, sino la obra imperfecta y contrariada por la que penetra en el mundo un poco de justicia humana. Lucharon contra la opresión y la servidumbre a la que unos hombres eran sometidos por hombres de otra raza, de otra nación, de otra casta o de otra clase; lucharon con medios humanos y por ideas humanas; debieron con frecuencia echar mano de la fuerza contra la fuerza, y recurrir a la ira de los humillados y de los ofendidos. A veces su pasión de justicia terrena quedó envuelta en la fiebre del odio y la violencia, o desviada por las grandes ilusiones que les hacía soñar con levantar sin Dios la Jerusalén de la paz, u oscurecida por una revuelta desesperada contra el Creador y la creación. A veces quisieron alzarse como titanes, a veces como “grandes Inquisidores”, como el de la leyenda de Dostoievsky. Desgraciados son los que quieren la justicia en la tierra y sufren persecución por causa de ella. Esto no basta para asegurarles la promesa del reino de los cielos. Y la justicia que esos tales quieren y por la que sufren, venía de ordinario negada por los hombres siempre que por ella combaten, y traicionada por esos mismos hombres si alguna vez de casualidad se hace presente entre ellos.

Y no obstante, también ellos tienen lo que buscaron. Porque trabajaron en el tiempo y bajo la ley del tiempo, por una cosa de la tierra y por una idea confiada a la historia. El tiempo les dará su salario cuando ya no existan; sus fatigas y su trabajo rendirán su fruto en la tierra, en formas no previstas por ellos en las corrientes del gran río de la historia. No quiero decir que todo esfuerzo por la justicia llegue automáticamente a producir un resultado en la historia humana; no soy tan optimista. Todo depende, a mi modo de ver, de la profundidad con que, por muy mezcladas que puedan ir, la sed de justicia y el sufrimiento por la justicia han dado comienzo en la secreta sustancia de un corazón y de un espíritu. Si los actos de un hombre, antes de reflejarse al exterior, nacieron así en las profundidades del espíritu, igualmente ocuparán su lugar en las profundidades de la historia y en ella caminarán calladamente, hasta que un día algunos de los gérmenes en ellos contenidos echen raíces y fructifiquen entre los hombres.

Después de esto, es claro que, miradas las cosas en sí mismas, no hay separación ni conflicto entre la sed de justicia del reino de Dios y la sed de justicia en este mundo oscuro. Ambas se llaman mutuamente. La segunda corre el peligro de cegar al hombre sin la primera; la primera exige, despierta y santifica a la segunda. ¿Cómo los hombres que piden cada día que la voluntad del Padre se cumpla así en la tierra como en el cielo, no han de tener sed de justicia en la tierra y en la comunidad humana? ¿Cómo aquellos que creen en el Evangelio para la vida eterna no han de tener confianza en él respecto a la vida de aquí abajo, y cómo se han de resignar a que la fe de los hombres en él sufra quebranto? Mientras haya miserias y esclavitud e injusticias en la vida de los hombres y en sus percederas moradas, no puede haber reposo para el cristiano; porque sabe muy bien que Dios sufre en todos los que sufren, en los humillados y perseguidos de la tierra.

Bienaventurado, pues, el que sufre persecución por la justicia del reino de Dios y por la justicia en la tierra. Por Cristo sufre al sufrir por sus hermanos. Bienaventurado es si es doblemente perseguido. Cuanto más desgraciado es en la existencia temporal por desear la justicia en la ciudad temporal, y proponerse *“rescatar la malicia de los días”*, tanto más seguro habrá de estar de ser perseguido; y tanto más debe esperar, si permanece fiel, poseer en la vida eterna, que para los justos comienza desde aquí abajo, la bienaventuranza de los perseguidos; y tanto puede esperar más confiadamente que de él es el reino de los cielos.

En nuestros días hemos sido testigos de persecuciones monstruosas, en las que innumerables verdugos organizaban científicamente la crueldad y el asesinato, se ensañaban en envilecer al hombre en alma y cuerpo, hiriendo, no a personas condenadas por una fe a la que rendían homenaje, sino a masas culpables únicamente de existir y exterminadas como ratas. Y nos ha sido dado comprobar la verdad de estas palabras: *“que después del verdugo, lo que más detesta el mundo es la víctima”*. En presencia de esos grandes rebaños de víctimas abandonadas, el cristiano interroga su corazón y su fe.

Y piensa en sus hermanos judíos, en el viejo olivo maltratado en cuyas ramas fue un día injertado. Seis millones de judíos han sido *liquidados* en Europa. Otras masas humanas han sido deliberadamente exterminadas, también por millones, en Polonia, en las provincias rusas conquistadas de paso, en Servia, en nombre del *“espacio vital”* o por venganza política. Se los ha matado porque se les odiaba

como pueblo, y por haber querido borrar su raza de la tierra. Odio tan bestial tenía ojos sobrenaturales. La verdad es que a quien se perseguía con eso era a su misma elección, a Moisés, a los profetas y al mismo Salvador nacido entre ellos. Era la dignidad de Israel, en la que la Iglesia católica ruega a Dios que haga entrar a todas las naciones, la escarnecida en los maltratados como la escoria del mundo. Es a Dios a quien se abofeteaba y flagelaba en su naturaleza carnal, antes de perseguirlo abiertamente en su Iglesia. Odio extrañamente claro, más perspícaz que el triste amor de nuestros corazones; antes del día predicho por San Pablo en que la Sinagoga y la Iglesia se reconciliarán, y que será para el mundo como una resurrección de entre los muertos, ambas han ido juntas en este odio demoníaco. Como el cristianismo era odiado a causa de sus orígenes judíos, Israel era odiado a causa de la creencia en el pecado original y en la redención, y de la piedad cristiana que de él salieron. Según las profundas palabras del escritor judío Mauricio Samuel, no es el haber matado a Jesucristo sino el haber dado a Cristo al mundo la causa de que el antisemitismo hitleriano haya arrastrado a los judíos por todas las rutas de Europa entre fango y sangre, de que haya arrancado de los brazos de sus madres a los niños privados en adelante hasta de sus nombres, y de que haya pretendido llevar a la desesperación a toda una raza.

He aquí, pues, cómo sin saberlo, Israel ha sido perseguido por el mismo odio que persiguió, y antes que a él, a Jesucristo, Su Mesías le ha dado su figura de dolor y de abyección antes de darle, un día, su figura de luz. Primicias sangrientas de esta plenitud de Israel en las que los cristianos, si entran dentro de sí podrán descifrar las señales precursoras de abominables acontecimientos cuyo recuerdo nos quemará hasta el fin, y que van ya haciéndose lugar en el olvido de la indiferencia de los sobrevivientes. Como extraños camaradas, cristianos y judíos han caminado juntos por la vía del Calvario. El gran hecho misterioso consiste en que los sufrimientos de Israel han ido tomando cada vez más claramente la forma de la cruz.

¿Pero podían conocer esto todos esos inocentes perseguidos como malditos? Bienaventurados los que padecen persecución: estas palabras no eran para ellos todavía, al menos en la tierra. Ellos no supieron que padecían persecución a causa del Justo, nacido de la vara de Jessé y de una joven de Israel llena de gracia. Ignoraban ellos de qué elevación, en la que el reino de los cielos estaría al alcance de su pueblo, era oscuro anuncio la persecución que sufrían.

Mas pudieron saber siquiera que morían a causa de la vocación de su pueblo y porque su pasión de la justicia en la tierra horrorizaba al mundo. Aquellos al menos que conservaban en su corazón el espíritu de oración y la religión de las Escrituras supieron que morían por la esperanza de Israel.

Mas el cristiano piensa aún en otros abandonados cuya suerte despierta en el alma intolerable angustia, a causa de la oscurísima noche en que han sido heridos por la muerte. No hablo de aquellos que por toda Europa han agonizado en las prisiones y los campos, han sido fusilados como rehenes y han perecido entre torturas por haberse mantenido firmes frente al vencedor: todos éstos sabían por qué sufrían y por qué morían. Quisieron la lucha y la resistencia, y dieron su vida por la libertad, por la patria y la dignidad humana. Hablo de tantísimos pobres seres que nada habían hecho sino las humildes tareas de cada día, y sobre los cuales se echó la muerte como una fiera. Inmolados por los caprichos de la guerra y de la ferocidad; perseguidos no por la justicia, en la cual no pensaban siquiera, sino por el inocente acto de su simple existencia en un lugar infortunado del espacio y del tiempo. ¿Y qué son su suplicio y su muerte, sino la imagen y compendio donde nos es dado leer los sufrimientos de millones de pobres a lo largo de los siglos, aplastados por la gran máquina del orgullo y de la rapiña, tan viejos como la humanidad? Vencidos reducidos a cautiverio, echados de la sociedad, intocables, esclavos de todos los tiempos, negros sacados a subasta por los traficantes de carne humana, mujeres y niños entregados al *sweating-system*, proletarios de la edad industrial, todos cuantos la miseria ha privado de su humana condición, todos los malditos de la comunidad de aquí abajo.

Ciertos hechos que han acaecido durante la guerra recién terminada ilustran espantosamente lo que ahora quiero decir. Recordemos la población masacrada de la aldea de Lidice; a las mujeres y niños ametrallados y quemados vivos en Oradour, el día de Corpus Christi, a los aldeanos de Vercors que las SS., para vengarse de los combatientes del maquis, sorprendieron en sus moradas, colgándolos cabeza abajo y haciéndoles devorar sus rostros por los perros; a otros con quienes se hizo todo lo posible para hacerles desesperar al morir, por ejemplo, colgándolos casi a ras del suelo, a fin de hacerles saltar sobre un pie hasta quedar agotados, y hasta que la cuerda estrangulase aquellas piltrafas humanas aterrorizadas; recordemos a los judíos rendidos de fatiga que, después de semanas de marchas terribles, al llegar a Büchenwald, iban a acostarse ellos

mismos en las escaleras del horno crematorio; o a aquellos a quienes se hizo morir de hambre dentro de vagones precintados. ¿Dónde hallar el consuelo para estos inocentes perseguidos? Otros muchos perecieron abandonados de todos. No dieron ellos su vida, sino que otros se la quitaron en medio de tinieblas de horror. Sufrieron sin quererlo, y nunca supieron por qué morían. Los que saben por qué mueren son seres privilegiados.

Todo parece haber pasado como si la agonía de Jesús fuera algo tan divinamente inmenso que para que los hombres participasen de ese tan gran tesoro de amor y de sangre, fuera necesario que esa agonía se distribuyera entre ellos en formas y maneras tan encontradas. Los santos, aceptándola de muy buen grado, ofrendándose con él, conocedores como son de los secretos de la vida divina, viviendo en sus almas su unión con él, haciendo fructificar, en la intimidad de su ser, los dones que de él recibieron. En las torturas del cuerpo o del espíritu, en los abismos de abandono, son ellos los privilegiados. La bienaventuranza de los perseguidos ilumina su existencia sobre la tierra. Cuanto más abandonados se hallan, mejor pueden repetir con San Juan de la Cruz: *“Míos son los cielos y mía es la tierra, míos los hombres, los justos son míos y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la madre de Dios y todas las cosas son mías; el mismo Dios es mío y para mí. ¿Qué buscas, pues, alma mía? Tuyas son todas estas cosas y todo es para ti...”*

Mas los totalmente abandonados, las víctimas de la noche, los que mueren como réprobos de la existencia en la tierra, los que son arrojados en la agonía de Cristo sin saberlo e involuntariamente; todos éstos manifiestan otro aspecto de esta agonía, que seguramente era preciso manifestar. Jesús dio su vida porque quiso darla. Mas también se hizo pecado por nuestra causa [1]; *“hízose maldición por nosotros, porque escrito está: Maldito es el que cuelga del madero”* [2]; fue por Dios abandonado en la cruz; sin protección contra el sufrimiento, sin auxilio contra sus perseguidores [3]. Como un legado a sus santos, gritó: *In manus tuas commendo espiruum meum*. Como un legado a lo restante de su grey, clamó: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

---

1 II Cor., V, 21.

2 Gal., III, 13-14.

3 Suma Teol., III, 47, 3.

El gran rebaño de los verdaderos miserables, de los muertos sin amparo, ¿cómo no se hará cargo de los que llevan esa marca de su agonía? ¿Cómo su mismo abandono no será la señal de que pertenecen al Salvador crucificado, y una razón más para obtener su misericordia? En el umbral de la muerte, en el instante de pasar al otro lado de la vida, cuando el alma va a dejar una carne que el mundo ha menospreciado, ¿no será el momento de decirles todavía: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso?* No existen señales para ellos, la esperanza para ellos está tan abandonada como ellos mismos; para ellos ni aun de parte de Dios, nada ha brillado a los ojos de los hombres. En el mundo invisible, más allá de todo lo terrestre, es donde el reino de Dios será donado a estos perseguidos, y donde todo será suyo.